

Construir(se) en la Duitama de mediados del siglo XX entre la educación y la educomunicación*

Build up in the Duitama of the mid-20th century between
education and educommunication

Juana Marcela Ochoa Almanza

Mónica Patricia Perassi

Corporación Universitaria Minuto de Dios, Colombia

Resumen

Este trabajo presenta un abordaje de la necesidad de pensar a las mujeres de Duitama como una intersección de múltiples factores fuertemente ligados a la construcción cultural del género como el ámbito laboral, como las circunstancias de producción y reproducción de los discursos *deber ser* femenino; se comprenden los procesos educomunicativos como alternativos y complementarios en este proceso. Para ello se ejecutó una metodología de relato de vida sobre los procesos educomunicativos que vivieron tres mujeres en el territorio durante mediados del siglo xx. De este

Abstract

This work presents an approach to the need to think of the women of Duitama as an intersection of multiple factors strongly linked to the cultural construction of gender such as the workplace, as the circumstances of production and reproduction of discourses must be feminine; educommunicative processes are understood as alternative and complementary in this process. For this, a life story methodology was executed on the educommunication processes that three women lived in the territory during the mid-20th century. In this way, there

* Este artículo de investigación se deriva de la tesis de maestría denominada “Vivir y construir el género en la Duitama de mediados del S. XX: Pequeños actos, grandes cambios”, presenta en el programa de Maestría de Comunicación educación en la cultura. Este trabajo fue evaluado como meritorio.

modo, se encuentran las roturas posibles que se promovieron desde la periferia cultural, lejos de la cultura dominante, como luchas invisibles que se gestaron en la cotidianidad, y que, a la fecha, son en parte, base de los movimientos femeninos actuales.

Palabras clave

Comunicación cultural, educomunicación, cultura, género, Duitama.

are the possible breaks that were promoted from the cultural periphery, away from the dominant culture, as invisible struggles that took place in everyday life, and which, to date, are in part the basis of current women's movements.

Keywords

Cultural communication, educational communication, culture, gender, Duitama.

Introducción

Acercarse a lo que no deja ver el humo de las fábricas

En Colombia, las tres primeras décadas del siglo xx trajeron consigo un proyecto de modernización nacional que se profundizaría luego de la crisis económica mundial de 1929. A partir de esos años, el establecimiento de industrias será una característica a nivel nacional, y también en el departamento de Boyacá, originando la apertura de nuevos espacios laborales para hombres y mujeres tanto dentro del sistema fabril, como en los mercados informales que surgen alrededor de las fábricas; en el caso de Duitama² del Molino Tundama, y la Cervecería Bavaria, particularmente.

En este caso, el contexto de modernización e industrialización generaría cambios no sólo en el ámbito laboral, también se replicaría en el ámbito social demostrando la desigualdad en el desempeño de labores entre hombres y mujeres, pero además, dejando en evidencia la función social del género como fuerza productiva y como reproductora social de la mano de obra, adquiriendo así las mujeres relevancia política y económica (Betancourt, 2014: 121-122). Hasta entonces, las mujeres habían sido condicionadas a una vida donde la maternidad era el eje del *ser mujer* y

¹ Duitama es un municipio colombiano, ubicado en el departamento de Boyacá, en el centro-orientado de Colombia, en la región del Alto Chicamocha. Es la capital y centro urbano de mayor tamaño en la provincia del Tundama.

referente de su identidad (Espinosa, 2012: 218), pero a partir de su incorporación a la fuerza productiva generarían nuevas formas de vida, ya no basadas en la familia, como la religión católica y el sistema educativo promovían, sino que a través del trabajo se volverían pilares económicos de su núcleo social, aunque no siempre por un trabajo asalariado.

Llama la atención que el acceso a trabajos formales no fue un escenario para todas las mujeres de la época; pocas lograban ingresar a las fábricas, y por fuera se mantuvieron aquéllas que comenzaban a confinarse en mercados informales casi siempre orientados a los oficios manuales, y guiados por unas políticas de *trabajo del cuidado* ya que éste se les asignó “pues se consideran un atributo natural [...] que se derivan de su posición en el hogar” (Arango y Pineda, 2012: 102). Así, trabajos de limpieza, cocina, cuidado de niños y adultos, costura, se mantuvieron a través del sistema cultural y se reforzaron en las políticas sociales estatales como el *Servicio social obligatorio*² (Decreto 2675, 1954).

El departamento de Boyacá, y en particular el municipio de Duitama no estuvo exento de las dinámicas que se sucedían entre proceso de modernización y mercados informales. La industrialización generaría migraciones del campo a la ciudad en busca de oportunidades y el desarrollo de mercados informales en los alrededores de las instalaciones fabriles, espacios que tomarían importancia para las mujeres que no accederían a los trabajos asalariados. En contraste a la gran cantidad de estudios que se han presentado sobre regiones como Antioquia, Bogotá y Cali, es escasa la información que se encuentra sobre Boyacá, aún más en las décadas posteriores al periodo de 1920 a 1940. Por ello y entendiendo el condicionamiento que produce la industrialización en el rol asignado a las mujeres es que surge la siguiente pregunta que guio el trabajo:

¿De qué manera se consolidó la relación entre producción y reproducción para las mujeres de la Duitama de mediados del siglo xx?

² El servicio social obligatorio fue aprobado mediante el Decreto 2675 de 1954 en las que se establece que la mujer debía prestarlo entre los 18 a 25 años en contraste al servicio militar obligatorio para los hombres. Política que comienza a marcar las diferencias del *ser mujer* y *ser hombre* a mediados del siglo XX.

Pensar las relaciones de producción y reproducción en medio del quehacer

Para responder a la pregunta se partió de la concepción del género a partir de la base económica, ya que ésta ha sido la primera estructura de poder de las sociedades de acumulación que establece una superestructura jurídica y política que guiará su funcionamiento. La base económica, y junto a ella las labores o el trabajo son “muchísimo más que eso [con] la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto, debemos decir que el trabajo ha creado al propio hombre” (Engels, 1895: 24). Tanto así, que el trabajo y la estructura económica asignan roles y clases sociales que se basan en la producción (como mano de obra productiva, es decir, obrero/as y demás); y se apoyan en una fuerza reproductiva, y su mantenimiento. En ambos casos la “vida material condiciona en general el proceso de vida social, política y espiritual” (Marx, 2008: 4-5) de los sujetos. Se hizo un especial énfasis en las mujeres para los intereses de este trabajo. En este punto, resultó pertinente, sin embargo, no entender el marxismo como una mirada única y verídica, sino como una base que será analizada desde la perspectiva del feminismo materialista.³

Desde el punto de vista productivo, las mujeres debieron afrontar un mundo que no las reconoce en su diferencia, sino en la igualdad. Aunque Simone de Beauvoir reconociera que la opresión social de las mujeres es una consecuencia directa de la opresión económica, su afirmación sobre la vuelta de todo el sexo femenino a la industria pública no es del todo positiva (Beauvoir, 2000). La incorporación de las mujeres no tuvo una finalidad igualitaria, por el contrario, la apertura se basó en el aprovechamiento de una mano de obra más económica, debilitada por

³ “Esta corriente se autodenomina materialista. Ello supone efectuar una distinción entre los conceptos generales propuestos por el materialismo histórico (clase, explotación, modo de producción) y su utilización concreta (por ejemplo, en *El capital*), con el fin de desplazar estos conceptos para analizar modos de producción y relaciones otras que coexisten con el capitalismo.” (Bolla, 2018: 118). Se encuentran entre las autoras Colette Guillaumin, Danielle Juteau, Christine Delphy, Danièle Kergoat, entre otras.

las políticas sociales, y además condicionada a restringir otros aspectos de su vida como la maternidad.⁴

Quizá por esto, Eleijabetia planteaba que el uso de los términos obreros, en la teoría marxista, como genéricos de obreros y obreras:

[...] está construido mediante un mecanismo de abstracción, sobre los hombres adultos y <<activos>>, y que [...] exige de éstas [las mujeres] que lleguen a ser <<hombres>>, luchen por llegar a ser sus iguales y encuadrarse así en un genérico que posiblemente no contempla su especificidad (1987: 36).

De este modo, la producción no sólo condiciona las dinámicas en el interior de las empresas, por el contrario, las relaciones de producción funcionaron y moldearon la producción material a través de la ley y el orden, el bienestar social, el entretenimiento y la opinión pública (Williams, 2000), y con ella las condiciones de reproducción. Si bien la reproducción, y por tanto, el rol de las mujeres en ella entra en una dinámica, que “aun cuando parece dominando las preocupaciones sociales y políticas, y aun cuando inspire lo esencial de las nociones ideológicas-jurídicas está subordinado a las condiciones de producción” (Meillassoux, 1989: 62).

Continuando en el marco de la producción, la relación de las mujeres con el trabajo, de manera desigual respecto al hombre, aun cuando el análisis marxista insista en unificarlos, se abren nuevos espacios que serán centrales para la discusión de la “agencia e identidad”, porque estos lugares son los que han permitido a las mujeres consolidar subjetividades políticas (Miller, 2003: 14). La subjetividad política se forma en la inferioridad del valor del trabajo de las mujeres en las fábricas, como era el caso del Fabricato,⁵ pero que, aunque tuvieran una identidad grupal, pudieron generar una resistencia a través de la organización sindical, y con lideresas

⁴ Existen múltiples ejemplos de este caso, pero mencionaremos el estudio realizado por Serrano (2010). El término es acuñado por Serrano en su texto *Las solteronas obreras* (2010) y se refiere a aquellas mujeres producto del proceso de incorporación al mercado laboral fabril en Medellín a principio del siglo XX. La característica principal de estas mujeres es que, si bien habían sido preparadas para la vida marital, las condiciones sociales o económicas las obligan a desempeñarse en el mundo laboral por un salario, dejando de lado las aspiraciones de vida afectiva y la maternidad.

⁵ Fabricato es una fábrica textil que surgió en 1919 y actualmente sigue en funcionamiento.

como Betsabé Espinal. La agencia, sin embargo, nunca fue planteada en el ámbito de la producción. Las mujeres ingresan a estos espacios continuando con las agencias del hogar. Así, al hablar de desigualdad obrera, Engels menciona la opresión, pero la desigualdad de género se establece en el ámbito privado (Eleijabetia, 1987). Como si la división sexual del trabajo en las empresas no hubiera estado condicionada por la extensión de lo privado a lo público para mantener las estructuras vigentes.

Con esa línea tan delgada entre la producción y reproducción, hacen que la unidad doméstica tome principal interés para la enseñanza y asimilación de lo femenino y lo masculino, y sus roles sociales que conforman “las relaciones de poder a escala micro y que son mediados por las estructuras de parentesco” (Urrea-Giraldo, 1994: 68). Por tanto, el hecho de tener un jefe de hogar hombre, donde el padre o abuelo tiene la autoridad por su capacidad de traer el dinero, y donde las mujeres deben garantizar la subsistencia del núcleo, no son más que enseñanzas micro de las macro relaciones de poder en el orden social.

La mayor crítica al marxismo fue que ignorara las relaciones de poder que existen en la reproducción, ya que allí es donde se encuentran las posibilidades de subsistencia de la raza; y sin una sociedad que estuviera preparada para consumir lo que las empresas producían, no existiría la necesidad de que éstas lo hicieran (Meillassoux, 1989). Sin embargo, autoras como Federici plantean una alternativa afirmando que “Marx no ignoró [...] [que] la fuerza de trabajo debe producirse. Redujo la actividad reproductiva al consumo de mercancías que los trabajadores podrían comprar con sus salarios y al trabajo que requiere la producción de estas mercancías” (2018: 25). De este modo, Marx se enfocó en las clases sociales, pero no serán ellas las necesarias para la subsistencia, sino la unidad mínima, y con ellas el trabajo doméstico, que incluso en la ley, no fue reconocido como trabajo propiamente sino hasta entrado el siglo xx.

La clase es mucho más que la definición de Marx sobre las relaciones respecto de los medios de producción. La clase incluye tu comportamiento, tus presupuestos básicos acerca de la vida. Tu experiencia —determinada por tu clase— valida esos presupuestos, cómo te han enseñado a comportarte, qué se espera de ti y de los demás, tu concepción del futuro, cómo comprendes tus problemas y cómo los

resuelves, cómo te sientes, piensas, actúas. Son estos patrones de comportamiento los que las mujeres de clase media se resisten a reconocer, aunque quieran perfectamente aceptar la idea de clase en términos marxistas, un truco que les impide enfrentarse de verdad con el comportamiento de clase y cambiar en ellas mismas ese comportamiento. Son estos patrones los que deben ser reconocidos, comprendidos y cambiados (Mae Brown, citado en Hooks, 2004: 36).

Sin embargo, mencionar sólo la clase media blanca al hablar de las luchas recae en un reduccionismo. Quizá, el pensar en las luchas de clases no dejó identificar el trabajo de opresión y resistencia que se dio en los grupos de mujeres, y mucho más allá en mujeres de diferentes grupos sociales como campesinas, obreras e indígenas. En Colombia, particularmente estos grupos han sido de poco interés e invisibilizados, sufriendo una triple discriminación: como mujeres, como pobres y desde lo racial. Sin embargo, la discriminación se dio en los derechos atribuibles, mas no en los deberes; estos últimos son repartidos de manera igualitaria para todos los grupos sociales de mujeres, sin distinción de sus características particulares.

Entre *el deber ser* y la posibilidad de ser

En su análisis de la teoría cultura, Raymond Williams afirma que la cultura moldea al sujeto entre una objetividad histórica, que se asocia con las condiciones en que los hombres y mujeres se encuentran con que han nacido y por lo tanto, las condiciones «accesibles» que «establecen»; por otro lado, “la objetividad abstracta, en la cual el proceso «determinante» es «independiente de su voluntad»; [...] en el sentido absoluto de que no pueden controlarlo; sólo pueden procurar comprenderlo y, en consecuencia, guiar sus acciones en armonía con él” (Williams, 2000: 105). Sin embargo, la formación no sólo se da en ese sentido, si así fuera, las resistencias en grupos de mujeres no existirían. En este caso, Engels abre el panorama al afirmar que no sólo las dinámicas de producción entran en juego, sino refiere a las *voluntades individuales*, o como diría Scott (1996) a la identidad subjetiva, o para los fines de este proyecto, como actos educomunicativos o identidades reivindicadas (Kossoy, 2009).

Dentro de esta superestructura económica planteada se presentan múltiples estructuras que condicionan al género, ya que se advierte como un todo y no como elemento aislado. Los términos mujeres y hombres son “una[s] construcción[es] simbólica[s] y contiene[n] el conjunto de atributos asignados a las personas a partir del sexo” (Lagarde, 1996: 12). Es decir, una construcción simbólica que determinará tanto las actividades y el hacer del sujeto, como los bienes y la identidad. Así, el género como categoría debe abordarse en su construcción social desde lo educativo, pero también desde lo no formal.

La educación toma entonces un lugar principal en construcción del género, comprendiendo que ésta se restringe al espacio escolar; pero los procesos educomunicativos que se generan por fuera de este territorio, en la cotidianidad, se abren como espacios de construcción participativa que actúan de manera complementaria y alternativa a la educación formal. De modo que el género se construye en la vivencia personal, bajo las condiciones materiales posibles, sin ignorar los discursos sociales vigentes, pero siempre en las posibilidades o necesidades que se les presenten.

Metodología

El trabajo buscó analizar los procesos educomunicativos que surgieron como respuesta a las dinámicas de producción y reproducción que se dieron en la ciudad de Duitama en las décadas de 1940 y 1950 del siglo xx a partir del proceso de industrialización. Para ello se profundizó en los espacios de desempeño laboral que se abrieron a las mujeres de la época. La investigación se desarrolló de la mano de tres mujeres a través de la construcción de sus relatos de vida, los cuales se consideran narraciones sobre hechos o situaciones que dan cuenta de un momento socio-histórico particular, para este caso el mundo laboral y el proceso de industrialización en Duitama. Se escogió esta técnica debido a su carácter dinámico y diacrónico (Pujadas, citado en García, 1995: 46); dinámico porque responde a la narración construida en el diálogo y puede ser cambiante, y diacrónico porque en él se puede analizar la evolución de las temáticas según el contexto desde diferentes perspectivas. En todo caso, se buscó que la recolección de datos permitiera evidenciar las vivencias propias

de las mujeres de la época, sin reinterpretaciones por parte de fuentes secundarias, o entrevistas guiadas.

Esta selección tuvo un enfoque netamente hermenéutico en la medida en que las narraciones biográficas obtenidas promovieron la participación de las mujeres, volviéndose historias sobre sí mismas dinámicas, cambiantes, que funcionan integrando a otras historias y dándoles un nuevo sentido (Cornejo *et al.*, 2008: 30). En ocasiones, el relato de las mujeres era contrastado con los relatos de los hijos y sucedía que los datos cambiaban, pero la esencia era la misma. Ejemplo: La nieta de Celeste dijo que sus abuelos se conocieron en la plaza de mercado, él vendía verduras, ella también. La hija de Celeste dijo que sus padres se conocieron en la plaza de mercado, él vendía ollas y ella verduras. La versión de Celeste —que se considera la verdadera— dice que se conocieron en la plaza de mercado, él vendía alpargatas y ella era proveedora de los vendedores de verduras. En los tres, existen elementos comunes como la *plaza de mercado* y el hecho de que ambos trabajan allí, que es lo que reafirma el valor del relato, sin modificar el significado.

Los relatos se construyeron en múltiples encuentros para la realización de tres actividades: A- Tejiendo mi historia; B- Cuando quedan cosas por contar; C- Lo que dicen de mí. Las tres actividades utilizaron técnicas diferentes que permitieron generar un contenido rico y nutrido respecto a las vivencias. Esto permitió evidenciar la intersección de las categorías género, cuidado, trabajo, familia atravesadas por las dimensiones: sexo, posición súper-estructura —económica, cultural y social—, y la intersección entre las categorías ya mencionadas con el acople de lo educativo y la dimensión identidad subjetiva o actos creativos, comprendiendo las individualidades de cada una de las mujeres.

Las tres mujeres escogidas se mencionarán bajo los seudónimos Celeste, Irene y Liliana, ellas nacieron entre 1924 y 1939, teniendo la edad actual de 80, 86 y 95 años respectivamente. Entre las características propias que las agrupa encontramos su lugar de procedencia, las tres pasaron su infancia en la vereda de Bonza y Cruz de Bonza camino Paipa-Duitama, que correspondían a fincas de:

Grandes siembros que hacían los González, los Vargas, los Guevara, los Reyes, los Zambranos. Se conocía que en todas las fincas se guardaban grandes reservas de cebada, trigo, maíz; que luego se vendía a los amigos venezolanos, a los amigos de Santander, Bucaramanga y Cúcuta (Correa Chaparro, s.f.: 127).

El haber vivido allí sus infancias las categoriza como niñas campesinas que accedieron a la escuela rural de la zona, condicionándolas a una educación propia de orientación agrícola y técnica. Esta formación las ubicó en el campo durante toda su vida, sin embargo, la conformación de sus familias las llevaría a migrar a la ciudad de Duitama, encontrando un escenario que les niega el acceso al ámbito laboral fabril, por lo que deben recurrir a su creatividad: vender ollas, cocinar en restaurante y tejer para artesanos.

Por otro lado, las tres mujeres formaron familias numerosas cumpliendo con la función social propuesta en la época:

- Celeste se casó a los 18 años con quien conociera en la plaza de mercado de Duitama: Él trabajaba en la empresa familiar de alpargatas, ella vendía lo recogido de la hacienda como bultos de cebolla, etcétera. Luego de contraer matrimonio, en doce años, tendría siete mujeres y un varón, además de dos abortos espontáneos que reducirían la cantidad de hijos. Su matrimonio fue duradero y sus hijos son hoy todos profesionales e independientes.
- Irene conoció a su pareja en unas fiestas en Duitama y se casó con él a los 13 años. De ese matrimonio quedarían dos hijas antes de quedar viuda. Sin posibilidad de cuidar de las niñas debe enviarlas a vivir con su hermana en Bogotá. Su segundo marido llegaría cinco años después, con quien tendría cinco hijos más. Estando embarazada del último fallecería el marido de cáncer, enviudando por segunda vez. De los siete hijos vivos de Irene, las dos mayores crecieron en Bogotá y son profesionales. Los de la siguiente *camada*, las mujeres se dedicaron a los oficios, salvo una que trabajó en un banco después de terminado el bachillerato, las otras continuaron trabajando en el restaurante de su madre. Los dos hombres consiguieron trabajo en el sector de transporte, y el más pequeño en el sector de educación.

- Lilibiana conoció a su pareja en la hacienda donde trabajaba su padre. Él era carpintero, ebanista y músico. Ella tenía 25 años cuando salió de casa, que para esa época era bastante mayor, y tuvo cuatro hombres y una mujer. Cuando los hijos alcanzan la edad para ingresar al bachillerato se muda en familia a la ciudad de Duitama.

Por tanto, esas mujeres se escogen por compartir las dimensiones estructurales como las relaciones de producción y reproducción del sistema capitalista, la función social asignada, los conceptos normativos y la identidad subjetivas, que intersectan en las categorías: género, cuidado, trabajo, familia y educomunicación.

Resultados

Lo que la institucionalidad no deja ver

Los resultados se dividieron en tres apartados para llevar a cabo el proceso: El primero de ellos es denominado la *identidad heredada*, en el que se exponen las situaciones respecto a educación, trabajo y familia que tuvieron cada una de ellas, y con esto, lo que se esperaba de cada una. En el segundo se mencionará la *identidad atribuida*, es decir, aquello que se espera de ellas respecto a los espacios sociales, buscando los puntos de encuentro con los discursos normativos, como por ejemplo la maternidad. Finalmente, el tercer apartado referirá a la *identidad reivindicada*, donde se presentan los actos o situaciones en las que lograron romper o contradecir los discursos normativos, a través de lo que se ha denominado *actos creativos* o identidades subjetivas.

Identidad heredada

La identidad heredada hace referencia a aquellas categorías y dimensiones de la vida del entorno inmediato de los sujetos que pueden ser determinantes para la construcción identitaria de las generaciones posteriores, como, por ejemplo, las labores ejecutadas, la clase social, el contexto económico. A continuación se presentarán las situaciones en las que se vieron inmersas las mujeres con las que se trabajó, presentando el nivel

educativo adquirido por sus padres o adultos responsables, los lugares de desempeño laboral de los mismos, y la composición del grupo familiar.

Los relatos de vida que lograron obtenerse vienen de tres mujeres que no vivieron su infancia en la ciudad de Duitama, sino en las afueras del municipio, particularmente en Bonza y Cruz de Bonza. Este territorio era zona de siembras, ganado y grandes haciendas. Para 1903 el Estado había establecido como obligatoria la educación primaria para los niños, sin embargo, en las zonas mencionadas escaseaban las escuelas y el trabajo no permitía que ésta se concluyera con la misma normalidad que en las ciudades. Hombres y mujeres accedían a la escolarización de manera intermitente, por ello, ninguno de los padres de estas mujeres terminó la primaria completa, aunque sí aprendieron las funciones básicas de lectura, escritura y operaciones esenciales: suma, resta, multiplicación y división.

Repasando el discurso impartido por las escuelas en las décadas de los veinte y treinta, se recordará la idea de las mujeres preparadas para el apoyo económico del hogar a través de los oficios manuales; por otro lado, el mantenimiento del hogar, y el cuidado y bienestar de los hijos. Los avances industriales también proponen un discurso alternativo dentro de las fábricas, pero en la Duitama de esa época eran pocas o inexistentes las empresas establecidas, lo que no permitió que la generación previa a la muestra pudiera optar por esta opción.

El siglo xx tuvo en sus inicios un proceso de industrialización que no necesariamente llegó a todo el territorio nacional, por ello, Boyacá se enfocaría en el proceso agrícola, siendo éste uno de los más fructíferos, y cuya bonanza alcanzó lugares como Duitama. Así, y frente a la baja industrialización de la región boyacense, la mayoría de la población trabajaba en el campo. En el caso de la muestra, sus familias eran rurales y se dedicaban a la agricultura y al ganado de ordeña. De las tres familias, sólo una de ellas trabajaría tierras propias, es el caso de los abuelos de Celeste; los otros se desempeñarían como jornaleros en grandes haciendas en actividades como la siembra, la ordeña, la cosecha, deshierbar, etcétera.

Entre las labores del campo destaca el caso de Doña Carmenza, abuela de Irene, quien, además de la siembra y del hogar, se dedicaba a las actividades de matrona. Ella sería llamada en ocasiones para dirigir

partos en los hogares, así como para acompañar a las mujeres en el periodo del puerperio, que para aquel entonces no se tomaba más de cuatro días. Esta actividad se consolidó desde una herencia, ya que Carmenza había aprendido los oficios propios de su madre, y a su vez, de la necesidad del campo de poseer *profesionales* que ejecutaran este trabajo, asignándolo a las mujeres por su capacidad de cuidado. Más adelante, sin embargo, esta actividad propia del género femenino sería ampliada a los hombres a través de la medicina; sin embargo, en el contexto de Duitama, el ejercicio de matrona es propio del sexo delicado y femenino, capaz de atender las necesidades de las mujeres embarazadas y a sus hijos por nacer.

Respecto a la composición familiar, si bien en el año 1948 la familia tradicional ligada a la tradición cristiana será la base de la sociedad, las familias de estas mujeres, anteriores a esa época, distaban en cuanto a su composición esperada. Sólo una de ellas, Liliana, viviría con sus padres y hermanos; mientras que Celeste e Irene vivirían con sus abuelos, la primera sola, la segunda con dos hermanas y un tío. La causa de la ausencia de los padres no se conoce, en la indagación sobre las razones, éstas no resultaron un tema de interés para ninguna de ellas, porque los abuelos dieron respuesta a la función social del grupo familiar en la consolidación del *deber ser* maternal y dedicado al hogar, así como a la colaboración en las actividades del campo para el crecimiento económico de las familias campesinas.

Identidad atribuida

La identidad atribuida refiere a las representaciones sociales que se encontraban vigentes en su época. Mientras que el apartado anterior se enfocó en los padres y abuelos de las mujeres, este punto abordará lo que se esperaba de ellas a nivel social para luego concluir con las identidades reivindicadas, donde se manifiesta cómo sus particularidades rompían o no con lo asignado en este apartado. El discurso educativo de 1940 en adelante profundizó en la *educación para la mujer* y en la importancia de ésta para la formación de mujeres ocupadas del hogar, los niños y la estética de ambos. A las mujeres campesinas se les enseñó a invertir el salario para el manejo de las finanzas del hogar, por su orden y control, pero,

además, promovía la industria familiar como un espacio de desempeño laboral. Este discurso fue puesto a consideración de las entrevistadas, ninguna demostró oponerse al mismo, por el contrario, lo analizaban como si hubiese sido algo externo a ellas, aunque luego se logró entrever que estaban vigentes y muy interiorizados en sus dinámicas sociales.

Resultó coincidente el acceso a la educación primaria rural de manera intermitente, con asistencia dos o tres días por semana, así como la enseñanza a través del material pedagógico Cartillas Charry, aprobadas por el Ministerio de Educación Nacional, y con ello, de la Iglesia católica también, que les permitiría conocer las operaciones básicas, así como temas de higiene y cuidado personal. A propósito de esto dice Irene:

En la semana iba por ahí unas dos o tres veces a la escuela, porque a mí me gustaba trabajar en el campo, que, a sembrar la papa, que, a deshierbar, que a cortar, que a sacar lo que fuera, a mí no me gustaba la cocina [...] no me gustaba, a mí me gustaba estar en medio de los hombres trabajando, pero la cocina no. [] Eso lo que había allá eran mujeres trabajando, ¡uichhh!, eso pocas les gustaba hacer eso muchacha de casa grande (comunicación personal, 10 de julio de 2019).

La declaración de Irene no sólo establece el tiempo y la forma de educación, sino un sentir que le despierta la escuela. El discurso normativo establecía que ella debía ser preparada para la cocina, ya que la misma es la base del hogar, sin embargo, ella prefería realizar actividades de los hombres, reafirmando la división sexual del trabajo en el campo, impartida desde el discurso educativo, donde entra en juego el sexo y la condición social, así como lo geográfico.

Respecto a la familia, las tres entrevistadas se casaron a diferentes edades y en diferentes situaciones. Liliana, conoció a su pareja en la hacienda donde trabajaba su padre. Él, su pareja, era carpintero, ebanista y músico. Ella tenía 25 años cuando salió de casa, que para esa época era bastante mayor. Luego de vivir en Bonza durante catorce años, y con los hijos adolescentes en edad de entrar al colegio bachiller, se mudaron a Duitama, donde su esposo consiguió trabajo en los molinos de la ciudad arreglando maquinarias y sistemas. Desde que llegaron, ella se encargó del hogar, mientras que él obtenía el dinero, y muchas veces perdía en

fiestas y trago porque también era guitarrista. Tuvieron cinco hijos, cuatro hombres y una mujer. Cuenta esta última:

[...] yo soy la menor de cuatro hombres, entonces siempre se sentía, aunque yo no lo entendía, la diferencia que ella hacía entre sus hijos y yo. Tareas distintas, y sobreprotección un poco. La sobreprotección era que no saliera a la calle, las niñas están en la casa, las niñas tienen que cuidar a los hermanos, la niña es la que les sirve a los varones. A la hora de repartir la comida, ella les repartía a ellos primero y después a mí, mi papá siempre estuvo al lado, él como que no se involucraba mucho en la educación de nosotros (L. Melo, comunicación personal, 25 de agosto de 2019).

Tanto niños como niñas fueron educados en la escuela y accedieron al bachillerato; se dedicaron a labores u oficios manuales como pinturas, ebanistería, corte y confección, y otros.

En contraste, Irene conoció a su pareja en unas fiestas en Duitama y se casó con él a los 13 años en su primer matrimonio. Ella recuerda:

Me conocí con Alejandro en unas fiestas en Tunja, allá nos conocimos y él era ebanista, también y él iba seguido a Bonza y la abuela en esa época, como decir, y no tanto la abuela los curas, ¿cómo iban a casar una china con uno de veinticuatro años? (comunicación personal, 25 de julio de 2019).

El matrimonio duró siete años hasta que él muere en un accidente de tránsito; en esos años la maternidad no fue inmediata, sino que demoró, “tuvimos que ofrecer promesa a la Virgen de Chiquinquirá” (comunicación personal, 25 de julio de 2019) dice, y a los dieciséis años nació su primera hija, que moriría un año y medio después, de tres que tuvo antes de quedar viuda. En sus palabras, Irene hace la reflexión respecto a la edad de las mujeres para contraer matrimonio. El hombre de 24 años, nueve años mayor, es capaz de escoger, mientras que ella, una niña, se convierte en esposa y le asigna una responsabilidad a la Iglesia, quien legitimaba la unión. Por otro lado, la búsqueda de hijos era necesaria para la consolidación de la pareja, tanto que peregrinaron a la Virgen, así comienza a reflejar el discurso maternal presentado por Betancourt, y reafirmado por la educación impartida desde la década de 1920.

Sin posibilidad de asumir el gasto económico de las niñas, las envía a vivir a Bogotá junto a su cuñado y su hermana, quienes en ese

entonces no tenían hijos propios. Su segundo marido llegaría cinco años después, con quien tendría cinco hijos más. Estando embarazada del último fallecería el marido de cáncer, enviudando por segunda vez. Esta vez ya no buscaría a nadie más. “No, ya no. ¿Qué iba a buscar?, y además con siete, imagínese.” Es decir, su elección de estar sola era personal, pero además asigna una carga social de restricción impuesta por la presencia de cinco niños a su cargo.

De los siete hijos vivos de Irene, las dos mayores son profesionales, actualmente pensionadas, las tres mujeres se dedicaron a los oficios, salvo una que trabajó en un banco después de terminado el bachillerato. Los dos hombres consiguieron trabajo en el sector de transporte, y el más pequeño en el sector de educación.

Por su parte, Celeste se casó a los 18 años con quien conociera en la plaza de mercado donde trabajaban: Él, en la empresa familiar de alpargatas, ella vendiendo lo recogido de la hacienda como bultos de cebolla, etcétera. En los primeros doce años tendría siete hijas mujeres y un hijo varón, además de dos abortos. Su matrimonio fue duradero y sus hijos son hoy todos profesionales e independientes, solo vive con ella una de sus hijas.

En el caso de las tres mujeres, el contraer matrimonio y tener hijos fue el cumplimiento de lo esperado por ellas, así como la dedicación al hogar y al cuidado de los niños. Tanto el discurso normativo como la familia se volvieron pilares en la identidad atribuida otorgada bajo el proceso de reproducción de la fuerza productiva.

Identidades reivindicadas

La identidad reivindicada refiere a las formas de confrontar a los discursos normativos de la época. Quedó demostrado que las rupturas con el posicionamiento social no se dieron en la categoría familia ni en la escuela, sino en la categoría del trabajo, comprendiendo la relación mujeres-trabajo. Cada una de las mujeres encontró en este espacio una salida creativa que les permitió lograr su independencia, aun en un matrimonio, y éste quizá sea el ejemplo más fuerte en el acto educacional de formación del género. Debe reconocerse que la relación mujer-trabajo estaría atravesada

por dimensiones particulares para cada una de ellas, mismas que se verán a continuación.

Celeste trabajó en el campo desde los siete años. Una vez casada intentó trabajar en la fábrica familiar de alpargatas de su marido, sin embargo, el tiempo que debía permanecer sentada y la habilidad que demandaba del uso de la aguja la llevaron a preferir otras actividades. Este punto trae a colación el primer quiebre del discurso del *deber ser* y la realidad de las mujeres. Si la educación productiva la había preparado para trabajar en talleres y en la costura, su identidad subjetiva, el verse encerrada y el manejo delicado de la aguja, le generarían un problema para el desempeño de la labor, prefiriendo otra alternativa.

Luego de haber vivido toda la vida en el campo se encontró en la ciudad, y con dos de sus hijas decidió abrir un pequeño negocio de ollas donde antes funcionaba una tienda:

Al principio era difícil, pero después empezaron a llegar y ofrecerme y empecé a comprar y vender y me fue bien. Soy buena con los números, yo sabía qué precios y qué cosas tocaba para sacarle algo a cada cosa, y no regalar (C. Pérez, comunicación personal, 3 de junio de 2019).

Ya con cinco niñas a su cargo debe mudarse porque le solicitan la casa. Salió a buscar dónde mudarse y encontró una casa en el centro de Duitama, la cual tenía dos habitaciones, una para el local y otra atrás donde viviría la familia.

Tocaba así porque si no con quién dejaba las niñas. Con el almacén adelante podía atender la casa y estar pendiente de ellas, así que me ayudaban a veces a atender y eso. Me la pasaba metida ahí salvo cuando tenía que hacer alguna diligencia o ir a lavar la ropa, porque en esa época no había agua, ni lavadora, toca ir hasta el río (C. Pérez, comunicación personal, 3 de junio de 2019).

Aquí, y como se verá en cada una de ellas, lo productivo y lo reproductivo se entrecruzan en el espacio público y privado. Su condición de trabajadora no era excluyente de su condición de madre. Ambas condiciones se ejercían en la doble jornada laboral y de manera simultánea al poder llevar el trabajo a la casa o la casa al trabajo, como se prefiera.

Celeste llevaba un matrimonio duradero, pero el trabajo y tener su dinero le permitieron desarrollar una vida cómoda y segura. *El trabajo es vida*, afirma cuando cuenta:

Yo trabajaba en el campo con los papás de mi papá de chiquita, cuidaba ganado, ayudaba en el campo. Después puse mi negocito y esto llegó a ser grande, todo el piso ocupaba, vendíamos vidrios, aluminio, esmaltada, sin esmaltar, lo que quisiera. Mi marido puso el negocio de los muebles, pero ése lo manejaba él, yo tenía éste. Y hoy lo tengo porque si no ¿qué hago? El trabajo es vida, yo aquí no cierro porque la gente viene y me pregunta unas cositas y habla conmigo y me cuenta. Gracias al trabajo compré esta casa que hoy mire lo que es [dice mostrando una casa de tres pisos con múltiples locales] y eso lo mantiene a uno, mire, yo no uso calculadora, todo lo hago acá en la cabeza, eso lo tiene a uno despierto (C. Pérez, comunicación personal, 15 de junio de 2019).

El trabajo funcionó para Celeste como la base reivindicativa de su género. Escapando a las dinámicas sexuales de la división del trabajo, ella no se quedó en el taller de alpargatas cosiendo, sino que logró incursionar en el comercio de manera igualitaria con su marido, él en muebles, ella en cacharrería. El trabajo representa para ella la forma de mantenerse, incluso a la fecha, activa personal y socialmente, por tanto, el trabajo la definió y define como mujer independiente.

Y no fue la única que pensó en eso. Irene encontró en el trabajo puntos de escape.

A mí nunca me gustó eso, que me vayan a gritar a regañar y así muchas señoras al campo a trabajar como los hombres, en esa época sí había extensiones de papa, de cebada, entonces nunca faltaba trabajo (I. Velandia, comunicación personal, 16 de junio de 2019).

Irene, muy apasionada por las actividades del campo, recuerda con entusiasmo su infancia, cuando podía disfrutar de las actividades de ordeña, siembra, deshierbar. Al casarse Irene se va a trabajar con sus suegros.

Fuimos a vivir aquí en Agua Tendida con los papás de él, porque él trabajaba en carpintería, trabajaba en el centro, yo me quedaba con la mamá, y yo me estaba con ellos para ayudar a hacer los alimentos, y allí ellos sembraban hortalizas y todo eso, y a mí me gustaba mucho eso, entonces yo ayudaba. Todo eso eran huertos frutales y siembra

de hortalizas, la lechuga, repollo (I. Velandia, comunicación personal, 16 de junio de 2019).

Luego de quedar viuda empezaría una vida de emprendimientos entre tiendas, canchas de tejo, piqueteadero, restaurantes:

Estuve un poco de tiempo con ellos [sus suegros], les ayudaba en oficios, les ayudaba en la huerta, a la deshierba, a coger la fruta, entonces me salía a la plaza a comprar y volver a vender a comprar gallinas, pollos y a volver a vender, pero la suegra tuvo como malestar. Me fui con unos compadres que les propuse yo que pusieramos una tienda y hacíamos piquete unos días, pero entonces a él le gustaba tomar. [...] Estuve con ellos dos años. Me fui para Bonza donde la abuela, estuve trabajando en la termoeléctrica para hacer los tintos, tender camas, hacerles las alcobas a los ingenieros, y eso (I. Velandia, comunicación personal, 16 de junio de 2019).

Durante cinco años trabajaría en la Termoeléctrica de Paipa. En ese entonces funcionaba una sola unidad y tenía una amplia estructura social que demandaba mano de obra femenina para las labores de aseo de las viviendas de los que llegaban a trabajar en la empresa. La *Termo*, como la conocen en la zona, generaba fuente de trabajo para hombres de la región y profesionales como ingenieros que migraban, pero, además, abría el campo de los servicios para mujeres en busca de trabajo condicionando así el ejercicio reproductivo por ser contradictorio con lo productivo. Esto lo demostrará más tarde Irene, quien relata que en los viajes hacia su trabajo conocería a su segundo marido, y quedaría embarazada.

Cuando dejé la termo estaba embarazada de Irma, y me tocó salirme porque era prohibido en esa época, era prohibido embarazarse. Eso era prohibido, entonces había un señor, él me molestaba, entonces le tenía ya harta confianza, entonces le conté, y dijo “Mijita, cuénteles a don Ricardo y si don Ricardo le dice que se espere y si no, cuénteles a él” [...]; vea, incluso fue a regañarme, “tener más familia en lugar de estar aquí trabajando y ganando su plata”, me echó un regaño, bueno, le conté a don Ricardo, “le voy a contar una cosa pero no me va a regañar porque allá el asistente casi me pega...”, “china pendeja, eso seguro se conocieron en el camión”, le dije “sí”, “¿y ahora qué?” “Estamos pensando en casarse”, “que casarse ni que nada, pendeja, tenga sus crías y no se case”(I. Velandia, comunicación personal, 16 de junio de 2019).

Pero, más allá de los consejos, don Ricardo dejaría a la mujer sin trabajo. Aun cuando las legislaciones sobre el embarazo se encontraban vigentes. Ya con una hija en brazos, se muda a una casa grande, y aunque demora en casarse, finalmente lo hace porque el marido se lo impone:

No me casé tan pronto, él no me dejó y no me quería dejar poner negocio tampoco, principié poquito a poco a dejar una canastita de gaseosa, a dejar una canasta de cerveza escondidas. Entonces ya cuando vio, a la madera, “¿para qué la dejaron?, ah yo no sé para que la dejó Lola, ah yo no sé”. Y ella me ayudó para cuadrar y conseguía bocines, y me conseguí un barril y hacía guarapo, y tenía contrata, a las seis de la mañana iban por él para una aserría, yo me rebuscaba. Cuando ya principié a formar mi negocio y todo, ahí los chicos para un lado y para el otro (I. Velandia, comunicación personal, 16 de junio de 2019).

Al igual que Celeste, el trabajo de estas mujeres se realiza en el mismo hogar, de esta forma podían responder por sus funciones maritales, maternas y laborales. Pero la situación se pondría tensa durante el embarazo de su octavo hijo. Su esposo, quien manejaba el camión y hacía negocios, enfermaría de cáncer, muriendo dos meses antes de nacer el último de sus hijos. La inversión realizada para el tratamiento de la enfermedad llevaría a vender todos los bienes, estando al final sin nada más que lo poco que había en sus bolsillos.

Todo se vendió para la enfermedad de él, cuando se murió tenía veinte mil pesitos en el bolsillo que le llevó un amigo que lo visitó esa noche. Cuando ya murió Pedro, en esa época se pagaba el colegio cuarenta pesos, y todo el taller y el camión se vendieron para la enfermedad, se acababa de morir él sin techo, sin nada. ¡Trabaje! (I. Velandia, comunicación personal, 16 de junio de 2019).

“Trabaje” fue la respuesta que se dio a sí misma. Mientras el trabajo era vida para Celeste, para Irene el trabajo se volvía una necesidad y abrió sus posibilidades de negocios en el hogar.

Ahí tuve a Pedro -junior-, y era un taller de llantas, hice cancha de tejo, y por el medio de la cancha daba garaje pa' las busetas, pa' los carros y los mismos dueños del carro me enseñaban, me decían “dale para la derecha, para la izquierda” y se reían. Y me decían que había llantas que iban a tirar, yo decía que hacía alpargatas y me las daban, me arreglaba y vendía, yo así sin plata hacía negocio. Y el señor me dejó vivir ahí otro poconón de tiempo, pero “me da pena con usted,

mire que, si puede conseguir algo más baratico, es que voy a edificar o vendo, no ve que su marido no quiso comprar”. Eran dos millones que le dejaba eso, yo le decía a Pedro que yo lo ayudo, y no (I. Velandia, comunicación personal, 16 de junio de 2019).

Salió del campo y llegó a la ciudad, a vivir en la avenida del cementerio. Buscó una casa que le permitiera seguir con las actividades anteriores, es decir, montó cancha de tejo. Luego fue a vender tintos y desayunos a la plaza, pero el negocio no era lo esperado, y con cinco bocas que responder era un panorama desalentador. Buscó quien le fiara, pero los cuñados le negaron el aval, afortunadamente se encontró con una señora que tenía una tienda y vendía cerveza y empanadas.

De ahí ya me fui aquí arriba donde es el lavadero, en esas casas grandes de esas de corredor y tenía cajas de cerveza y de gaseosa. Puse asadero de arepa, de carne y ¡no, no, no! Malo, principié a hacer cocido de papa, alverja, hacía cocido y principié a hacer sopa, para los chicos. Si no se vende los chinos lo tragan, empecé así. Un día llegaron unos señores y todo se tragaron. Me dijo mi amiga Lucita “por qué no vamos allá abajo y traemos unas gallinas”, a ella le echaron nueve, hacíamos chicha, guarapo, yo tenía una tinaja especial para debajo de la mesa, yo hacía pa’ los clientes, me decían “traiga la vasija, pero no nos hacen pedazo de carne”, yo les decía “por allá después de las seis de la tarde”, y así un pedazo de carne y unas papas saladas.

Yo era no desajustar lo de la cerveza, y entonces fuimos y trajimos como de a tres y cuatro gallinas cada una, y yo puse a cocinar una, y eso no dejaron que acabara de cocinar. Entonces “arreglemos las otras y pongámosla a cocinar”, y principié así, ya se traían tres, ya se traían cinco, y eran diez para los días festivos, y ya eran veinte, y así fue (I. Velandia, comunicación personal, 16 de junio de 2019).

Liliana por su parte tendría el trabajo doméstico, y un salario menor y no reconocido como espacio laboral, sino como manualidades. Nos cuenta su hija que:

A mi mamá en la vereda, anoche me estaba contando, que la llevaron a Tibasosa para que aprendiera a leer y escribir que era lo básico a los doce años. La vida en la finca era mucho trabajo, entonces ella era como la mano derecha de mi abuelo. Pero en la vereda había unas haciendas, y los dueños de las haciendas tenían hijas que las habían educado en Tunja en un colegio para señoritas, y con el tiempo

resultaban enseñándoles a ellas, a las niñas de la vereda (L. Melo, comunicación personal, 22 de agosto de 2019).

Así fue como su madre, además de los contenidos escolares, aprendió diferentes técnicas de bordado y tejido, que luego le servirían como apoyo económico en el hogar. Si bien su marido, de mente muy creativa, había conseguido un trabajo estable en los molinos, tendía a ser poco cuidadoso con la inversión de su salario, obligando a Liliana a rebuscársela como pudiera.

Mi papá era que le gustaban sus polas y como tocaba guitarra, él era músico. Entonces, fácil a él lo invitaban a todas las fiestas. Si había una fiesta el que amenizaba la fiesta era él. Y duraba tres o cuatro días por allá, y mire a ver mi mamá como le hacía con los chicos. Ella tejía para artesanías, manteles y cosas así, porque de chiquita ella aprendió a tejer (L. Melo, comunicación personal, 25 de agosto de 2019).

Discusión

La tensión entre el *deber ser* y la posibilidad de ser

La escuela como institución básica para la reproducción

Resumiendo lo obtenido se puede ver que el discurso de la escuela fue muy efectivo en mantener a las mujeres en sus funciones básicas de reproducción. Irene, Celeste y Liliana tendrían entre las tres un total de 22 hijos, ya que, en esa época la cantidad *dependía de Dios*. De los veintidós hijos, siete serían hombres, y las 15 restante serían mujeres. De las 15 mujeres de la siguiente generación todas accederían a la escuela obteniendo la educación primaria. El bachillerato dejaría a dos de las mujeres por fuera, la formación técnica se daría para dos de ellas, y las demás obtendrían su carrera profesional al encontrar universidades, institutos pedagógicos que les permitieran el desarrollo de su educación. En todos los casos, las mujeres hijas de Irene, Celeste y Liliana trabajarían continuando el negocio familiar o ejerciendo actividades diversas en bancos, o sus profesiones. Más allá de contraer matrimonio, sólo una de las quince es soltera y es la única que no tendría hijos.

Quizás esto se vuelve más relevante si se menciona que mientras la generación anterior a la muestra trabajaba el campo, y difícilmente había concluido su educación, estas tres mujeres concluyen su educación básica sacando el mayor provecho de ésta, aunque a regañadientes, para brindarles a sus hijos la educación que no tuvieron. Dice con nostalgia Irene: “Eso yo era, ‘juich!’, si hubiese seguido qué le digo, pero eso allá en el campo no tenía quién dijera nada, la abuela llegaba de atender a sus chinos y nada, que nadie decía que siga la escuela” (I. Velandia, comunicación personal, 10 de julio de 2019).

Es decir, la falta de educación no tuvo que ver con la imposibilidad de acceso o necesidades que las llevarían a trabajar, sino a elecciones propias, que, con acompañamiento familiar, podría haber sido diferente. Esto les brindarían a sus hijos.

Familia

La familia fue la base de cada una de ellas. Mientras los padres resultaban en ocasiones ausentes, las personas que se encargaron de ellas les enseñaron sus habilidades poniéndolas a trabajar desde muy pequeñas. Todas ellas siguieron un patrón de maternidad donde las mujeres debían responder por el cuidado de los hijos y del hogar. Esto llevaría a que ninguna de ellas se alejara de su casa. Aunque a Celeste le tocara enviar a Bogotá a dos de sus hijas por su incapacidad económica de mantenerlas, lo cierto es que veía esa separación como oportunidad de brindarles un mejor futuro.

En su narrativa sale a la luz que los matrimonios no siempre fueron placenteros. Celeste debió sufrir golpes y maltratos de su primer marido cada vez que se emborrachaba, incluso, alguna vez su suegra llegó a pegarle. Además, no obtenía salario de las actividades que ejercía dentro de la actividad familiar y de la ayuda que otorgaba en los huertos.

Liliana vivió con la ausencia de su marido en el hogar y con las ausencias económicas, de modo que tuvo que adaptarse a la situación. La unidad mínima entonces se convertía en un espacio que replicaba las políticas de inferioridad de las mujeres, al depender de los hombres con quienes emprendían su vida. Ninguno de los relatos encuentra que los hombres ayudaran al cuidado de los niños, ni cambiando pañales, ni en

actividades de aseo o cocina en el hogar. Quizá esto tenga que ver fuertemente con el discurso instaurado sobre las niñas campesinas, quienes además de aprender las labores que eran de suma importancia, debían responder por el hogar y el cuidado de los niños.

Este discurso se mantendría al punto de que el trabajo no se realizaría si no se pudiera supervisar a los niños. De ahí la importancia de que los emprendimientos hayan sido posibles dentro del hogar. Quizá si el desarrollo en Duitama hubiese sido diferente, estas mujeres, preocupadas por su función social y cultural en el hogar, habrían debido quedarse aun así por fuera de las fábricas, ya que estos espacios no fueron pensados para las familias, sino para mujeres en condiciones de libertad como las “solteronas obreras” de Serrano.

Trabajo

El trabajo fue para ellas la vida que pudieron escoger para vivir. Mientras que la elección de sus maridos era con libertad, lo cierto es que se encontraban condicionadas a quedarse junto al hombre con quien lo hicieran, ya sea por condiciones sociales o culturales. No estaba bien visto que las mujeres se separaran de los hombres. El trabajo que escogieron, o las escogió en cambio, les daba la libertad de crear y manejar ciertos tiempos con sus actividades diarias. Desde muy temprano cada una de ellas comenzaba un trabajo en el hogar preparando a los niños, bastaba cambiar de habitación para convertirse en alguien independiente. Las frases “que me fueran a regañar”, “el trabajo es vida”, “tocaba mirar cómo le hacía”, dan cuenta de la importancia de tener su propio dinero, y de la libertad que esto les ofrecía.

Para Hegel, la libertad es la comprensión de la necesidad. La libertad no consiste en una soñada independencia respecto de las leyes naturales, sino el reconocimiento de esas leyes y en la posibilidad así de hacerlas obrar según un plan para determinados fines. [...] La libertad consiste, pues, en el dominio sobre nosotros mismos y sobre la naturaleza exterior, basado en el conocimiento de las necesidades naturales, por eso es necesariamente un producto de la evolución histórica. [...] La libertad puede consistir únicamente en el hombre [o mujer] socializado[/a], los productores asociados regulando racionalmente su intercambio con la naturaleza, colocándola bajo su común control, en

lugar de ser dominados por ella [] Más allá comienza ese desarrollo de la energía humana, que es un fin en sí mismo, el verdadero reino de la libertad que, sin embargo, solo puede florecer sobre el reino de la necesidad (Marx, citado en Eleijabetia, 1987: 57).

En los tres casos, la necesidad de independencia o de dinero, las llevó a romper con lo esperado. Si bien el objetivo era que ellas ayudaran con el hogar, lo cierto es que la posición en la que se encontraron las llevó a asumir el mando de éste económica y culturalmente. Por tanto, educaron a sus hijos y a sus hijas para tener independencia. Además, enseñaron su labor a sus hijas para que lo continuaran. Una hija de Celeste, Liliana e Irene, siguen con el trabajo ganado, también en busca de su independencia. Si la libertad consiste en el dominio de nosotros mismos y del exterior, entonces el trabajo les dio la oportunidad de ser libres.

Conclusiones

La identidad subjetiva ha sido retomada en este trabajo de diversas formas, como discursos invisibles o actos creativos (Martínez Hincapié, 2015), como identidades reivindicativas (Kossov, 2009) o *voluntades individuales* (Engels, citado en Williams, 2000). En todos ellos, éstas aparecen como los actos de resistencia que se presentan ante la súper-estructura y los roles asignados. En el caso particular de esas mujeres se comprendieron como los actos de repensar los discursos sobre sí mismas, logrando que se realizaran cambios en los discursos normativos, y legando una nueva forma de *ser mujeres* para las mujeres de las nuevas generaciones.

Así, las mujeres comienzan a repensar-se de manera que la dinámica de producción del discurso no se da en el juego *producción-recepción-producción* (Reguillo, 1995) en la *producción-recepción-reproducción-producción*, esto quiere decir que el proceso de transformación no se da a nivel social, sino en el nivel individual e interno como acto creativo.

Para explicarlo mejor se tomará como ejemplo el caso de Celeste. La súper estructura económica de industrialización condicionó los discursos educativos hacia la producción, mujeres y artes manuales; y reproducción, mujeres y hogar. Esta etapa se constituyó como la PRODUCCIÓN de un discurso que remite a lo que la sociedad dice sobre las

mujeres y su función. La mujer como individuo recibe el mensaje en unas condiciones particulares que no responden sólo a su lugar en la súper estructura económica, como mujer campesina, en edad reproductiva y productiva, sino que la encuentra en una posición particular: mujer campesina en la ciudad, madre, viuda, mercado informal; esta situación será importante para la RECEPCIÓN.

Ahora, al abordar la REPRODUCCIÓN como uno de los pasos, se comprende que el mensaje recibido en las condiciones particulares es asumido, interiorizado y cuestionado. En el caso de Celeste, fue formada para ejecutar actividades laborales en el campo y mantener el hogar, pero la vida la coloca en la situación de tener cinco hijos a su cargo y quedar viuda, ella misma se auto exige por las condiciones sociales y se dice: “trabaje”. Pese a que los discursos normativos la orientarían a buscar una nueva pareja, ella analiza su condición y comprende la forma en que debe adaptarse a las situaciones y responder por su calidad de madre, de modo que reproduce el discurso a su interior, pero genera una transformación que le dará la posibilidad de convivir entre el *deber ser* y el *ser mujer* que encuentra en su contexto particular y condición inmediata.

Finalmente, la PRODUCCIÓN por parte de esta mujer, y de las demás con las que se trabajó, se da en el intercambio o bajada hacia sus hijas. Si la comunicación demarca los sentidos, las prácticas y los saberes (Rosales *et al.*, 2015), el hecho de producir un discurso, no sólo en el decir, sino en el actuar y construir de manera conjunta con las nuevas generaciones se vuelve una acción transformadora en dos sentidos. Primero, en que la construcción del género se modifica a nivel individual, y segundo, porque la relación madre-hija se da en la unidad mínima social, que, si bien perpetúa las relaciones de poder de la macroestructura, también puede pensarse a la inversa; y los cambios sufridos en ella llevan a modificar también las relaciones en la macroestructura, de modo que la acción transformadora trasciende las dinámicas del territorio inmediato llegando a la escala social.

Referencias bibliográficas

- Arango, L., y Pineda, J. (2012). Género, trabajo y desigualdades sociales en peluquerías y salones de belleza de Bogotá. En: *Ciencias Sociales*, 10, pp. 93-130.
- Betancourt, G. (2014). María o el deber ser de las mujeres. En: *Revista La Manzana de La Discordia*, 3(1), pp. 113-129.
- Beauvoir, S. (2000). *El Segundo Sexo*. (1ª ed. francesa, 1949). Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Bolla, L. (2018). Cartografías feministas materialistas: relecturas heterodoxas del marxismo. En: *Nómadas*, 48, pp. 117-133.
- Cornejo, M.; Mendoza, F., y Rojas, R. (2008). La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico. En: *Psykbe*, 1 (17), pp. 29-39.
- Correa Chaparro, H. (s/f). *En Ancestros*. Duitama: Concejo Municipal.
- Decreto N° 2675. *Diario Oficial 28580*, Bogotá, jueves 18 de septiembre de 1954.
- Eleijabetia, C. (1987). *Liberalismo, Marxismo y Feminismo*. Barcelona, España: Anthropos.
- Engels, F. (1895). El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre. En: *Die Neue Zeit*, 44 (2), pp. 17-35.
- Espinosa, G. (2012). Contexto demográfico del siglo xx: efectos en la familia. En: *Virajes*, 14(1), pp. 209-230.
- Federici, S. (2018). *La inacabada revolución feminista. Mujeres, reproducción social y lucha por lo común*. Buenos Aires, Argentina: Desde abajo.
- Guillaumin, C. (2005). Práctica del poder e idea de Naturaleza. En: Curiel, O. y Falquet, J. (comp.), *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas: Colette Guillaumin - Paola Tabet - Nicole Claude Mathieu* (pp. 19-56). Buenos Aires: Brecha Lésbica.
- Hooks, B. (2004). Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista. En: Hooks, B.; Brah, A.; Sandoval, C.; Anzaldúa, G.; et al. (comp.) Serrano M.; Macho, R.; Romero, H. y Salcedo, A. [trad]. *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp. 33-50). Madrid: Traficantes de sueños.
- Lagarde, M. (1996). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Madrid, España: Ed. Horas.
- Martín, A. (1995). Fundamentación teórica y uso de las historias y relatos de vida como técnicas de investigación en pedagogía social. En: *Aulas*, 7, pp. 41-60.
- Martínez-Hincapié, C. (2015). *De nuevo la vida: el poder de la no violencia y las transformaciones culturales*. (2ª ed.). Bogotá, Colombia: Editorial Trillas de Colombia.
- Marx, K. (2008). *Contribución a la crítica de la economía política* (9ª ed.). México: Siglo veintiuno editores.

- Meillassoux, C. (1989). *Mujeres, graneros y capitales: economía doméstica y capitalismo*. México: Siglo veintiuno editores.
- Reguillo, R. (1995). *En la calle otra vez. Las Bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. [2da] Jalisco: ITESO.
- Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Lamas, M. (comp.) (1996). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. Distrito Federal, México: PUEG, pp. 265-302.
- Serrano, A. (2010). Las solteras obreras. En: *Papel Político*, 15(2), pp. 459–485.
- Urrea-Giraldo, F. (1994). La categoría de género en las ciencias sociales contemporáneas. En Castellanos, G., Accorsi, S. y Velasco, G. (comp), *Discurso, género y mujer*. Santiago de Cali: La manzana de la discordia, pp. 49-76.
- Williams, R. (2000). *Marxismo y literatura* (2ª ed.). Barcelona, España: Península.

Sitios web

- Kossov, A. (2009). La construcción de la identidad social: cuestiones metodológicas para su análisis [versión electrónica]. En: *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires*. Pdf. Consultado el 11 de febrero de 2020. Disponible en <http://cdsa.academica.org/000-062/1169.pdf>
- Miller, N. (2003). El trabajo y la subjetividad política de las mujeres. En: *Rebellion.org*. Consultado el 23 de marzo de 2019. Disponible en <https://www.rebellion.org/hemeroteca/mujer.htm>
- Rosales, M.; Sambucetti, E.; Graziano, E., y Cremona, F. (2015). Género/comunicación/educación: experiencia, saberes y prácticas. En: *II COMCIS y I CCP*, Buenos Aires. Consultado el 11 de febrero de 2020. Disponible en <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas/article/view/2892/2490>.

Juana Marcela Ochoa Almanza

Colombiana. Maestra en estudios de género por la Universidad Nacional de Colombia “Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO Sede Principal”. Profesora investigadora. Maestría en comunicación, desarrollo y cambio social, en Corporación Universitaria Minuto de Dios. Línea de investigación: género y comunicación.

Correo electrónico: juochoa@uniminuto.edu / juana.ochoaa@gmail.com

Mónica Patricia Perassi

Argentina. Maestra en comunicación educación en la cultura por la Corporación Universitaria Minuto de Dios “Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO Centro Regional Zipaquirá”. Profesora investigadora. Programa Comunicación Social-Periodismo en Corporación Universitaria Minuto de Dios. Línea de investigación: género y comunicación, territorio y estructura económica.

Correo electrónico: monica.perassi@uniminuto.edu / monicaperassi@gmail.com

Recepción: 16/12/19

Aprobado: 08/01/21



Intercambio, óleo sobre tela | de Ana María Vargas